

de los sueños felices. Aquellos jóvenes envejecidos, lo mismo que aquellos viejos verdes, sintieron una sensación tan viva, que envidiaron á Luciano el privilegio sublime de aquella metamorfosis de la mujer en diosa. La máscara estaba allí cual si estuviese á solas con Luciano, y para aquella mujer no había allí diez mil personas ni una atmósfera cargada y llena de polvo; no, estaba bajo la bóveda celestial de los Amores, como las vírgenes de Rafael bajo su nimbo de oro; no sentía los codazos, y el fuego de su mirada salía por los agujeros del antifaz y se unía á los ojos de Luciano; en fin, el estremecimiento de su cuerpo parecía tener por principio el movimiento mismo de su amado. ¿De dónde proviene esa llama que irradia en torno de una mujer enamorada y que la hace distinguirse de todas las demás? ¿de dónde proviene esa ligereza de sílfide que parece cambiar las leyes del peso? ¿Es el alma que se escapa? ¿Tiene la dicha virtudes físicas? La ingenuidad de una virgen, las gracias de la infancia se echan de ver bajo el dominio. Aunque caminaban separados, aquellos dos seres se parecían á esos grupos de Flora y de Céforo sabiamente unidos por los más hábiles escultores; pero eran más que esculturas, pues Luciano y su linda pareja recordaban á esos ángeles ocupados de flores ó de pájaros que el pincel de Gian-Bellini colocó bajo las imágenes de la Virgen Madre; Luciano y aquella mujer pertenecían al mundo de la fantasía, que está por encima del Arte, cual está la causa sobre el efecto.

Cuando aquella mujer, que lo olvidaba todo, estuvo á un paso del grupo, Bixiou gritó: «¡Ester!» La infortunada se apresuró á volver la cabeza cual persona que oye que la llaman, reconoció al malicioso Bixiou y bajó la cabeza como una agonizante que exhala el último suspiro. Sonó una risa estridente, y el grupo se dispersó en medio de la multitud. Rastiñac fué el único que no se alejó, para no dar á entender que rehuía las miradas chispeantes de Luciano; así es que pudo ver dos dolores igualmente profundos, aunque velados: en primer lugar á la pobre Torpedo, que iba como herida por un rayo, y luego al mascarón incomprendible, al único del grupo que se había quedado. Ester le dijo una palabra al oído á Luciano en el momento en que sus piernas vacilaban, y Luciano desapareció con ella sosteniéndola. Rastiñac siguió con los ojos á aquella linda pareja y se sumió en profundas reflexiones.

—¿De dónde le proviene ese nombre de Torpedo?—le dijo una voz sombría que le llegó al alma.

—¡Otra vez se ha escapado!—se dijo Rastiñac para sus adentros.

—Cállate ó te degüello—le dijo la máscara con voz distinta.—Estoy contento de ti, porque has cumplido tu palabra; así es que tendrás más de un brazo á tu servicio. En lo sucesivo sé mudo como una tumba, y antes de enmudecer responde á mi pregunta.

—¡Oh! esa joven es tan atractiva que se habría tragado al emperador Napoleón y se tragaría á alguien que es más difícil de seducir: ¡á tí!—respondió Rastiñac alejándose.

—Un instante—dijo la máscara.—Voy á demostrarte que tú no debes haberme visto nunca en ninguna parte.

El hombre se quitó el antifaz, y Rastiñac vaciló durante un momento al no hallar en él nada del horrible personaje que había conocido antaño en la casa Vauquer.

—El diablo os ha permitido cambiar de todo, menos de ojos, de esos ojos que no es posible olvidar nunca—le dijo Rastiñac.

La mano de hierro le oprimió el brazo para recomendarle un silencio eterno.

A las tres de la mañana, Lupeaulx y Finot hallaron al elegante Rastiñac en el mismo sitio, apoyado en la columna en que lo había dejado la terrible máscara. Rastiñac se había confesado á sí mismo: había sido el sacerdote y el penitente, el juez y el acusado. Se dejó llevar á cenar y volvió á su casa completamente ebrio, pero taciturno.

La calle de Langlade, al igual que las calles adyacentes, afean el Palais Royal y la calle de Rivoli. Esta parte de uno de los barrios más hermosos de París conservó durante mucho tiempo la mancha que dejaron en él los montículos producidos por las inmundicias del París viejo, sobre las cuales hubo antaño unos molinos. Esas calles estrechas, sombrías y fangosas, donde se ejercen industrias poco cuidadas de su parte exterior, adquieren por la noche una fisonomía misteriosa y llena de contrastes. Yendo de los lugares alumbrados de la calle de Saint-Honoré, de la calle Neuve-des-Petits-Champs y de la calle de Richelieu, donde se hacina una multitud inmensa, donde relucen las obras maestras de la industria, de la moda y de las artes, todo hombre que desconozca el París de noche se quedaría



embargado por un terror triste al caer en el recinto de callejuelas que rodean á aquel resplandor que se eleva hasta el cielo. Una obscuridad profunda sucede á los torrentes de gas. De trecho en trecho, un pálido mechero despide su luz triste y humeante para alumbrar solamente algunos oscuros callejones. Los transeúntes caminan de prisa y son raros. Las tiendas están cerradas, y las que están abiertas tienen mal aspecto; es una taberna sucia y sin luz ó alguna tienda que vende agua de Colonia. Un frío malsano posa sobre vuestros hombros su capa húmeda. Circulan pocos coches, y hay esquinas siniestras, entre las cuales se distingue la calle de Langlade, la desembocadura del pasaje de San Guillermo y algunas otras bocacalles. El ayuntamiento no ha podido hacer nada para lavar esta lepra, donde la prostitución ha sentado sus reales. Tal vez es una suerte para París el que tengan esas calles un aspecto tétrico. Pasando por allí de día, no es posible imaginarse el aspecto que adquieren de noche; son surcadas por seres extraños que no son de ningún mundo, y unas formas medio desnudas y blancas decoran las paredes y dan vida á las sombras. Entre los transeúntes y las paredes se ven rostros llenos de afeites, que caminan y que hablan. Algunas puertas entreabiertas dejan llegar al arroyo los ecos de las carcajadas, y en el oído penetran á veces palabras de esas que Rabeláís decía que helaban ó que abrasaban. De las aceras salen retornelos. El ruido no es vago; significa algo: cuando es ronco, es una voz; pero si parece un canto, no tiene nada de humano, parece un silbido. A veces se oyen verdaderos silbidos. Finalmente, el taconeo de los pies tiene un no sé qué de provocador y de burlón. Aquel conjunto de cosas produce vértigos. Las condiciones atmosféricas parecen estar allí trocadas: se siente frío en verano y calor en invierno. Pero sea en la estación que sea, aquella naturaleza extraña ofrece siempre el mismo espectáculo: el mundo fantástico de Hoffmann el berlinés está allí. El cajero más matemático no halla allí nada real después de haber pasado los estrechos que conducen á las calles honradas donde hay transeúntes, tiendas y quinqués. Más desdeñosa ó más vergonzosa que las reinas y que los reyes del tiempo pasado, que no temían ocuparse de las libertinas, la administración ó la política moderna no se atreven á mirar de frente esa llaga de las capitales. Cierto que las medidas deben cambiar con los

tiempos y que las que afectan á los individuos y á sus libertades son delicadas; pero es indudable que hay que mostrarse espléndido y atrevido acerca de las medidas de carácter material, como aire, luz y locales. El moralista, el artista y el sabio administrador echarán siempre de menos las galerías de madera del Palais Royal, donde moraban esas ovejas que van siempre adonde van los paseantes; y ¡no es preferible que los paseantes vayan adonde están ellas? ¿Qué ha ocurrido? Hoy las partes más hermosas de los paseos están vedadas de noche á las familias. La policía no ha sabido aprovechar los recursos que ofrecen ciertos pasajes para salvar la vía pública.

La joven que se había desmayado al oír su nombre en el baile de la Ópera, hacía un mes ó dos que vivía en la calle de Langlade, en una casa de innoble aspecto. Adosada al muro de una casa inmensa, aquel edificio mal revocado, sin fondo y de una elevación prodigiosa, recibe luces de la calle y parece la jaula de un loro. En cada piso hay una habitación de dos piezas. Aquella casa tiene una escalera estrechita adosada á la pared y alumbrada por ventanas que dibujan exteriormente el pasamano. La tienda y el entre-suelo pertenecían entonces á un hojalatero; el propietario vive en el primero, y los otros cuatro pisos estaban ocupados por trabajadoras muy decentes, que gozaban, por parte del portero y del propietario, de una consideración y de complacencias que resultaban necesarias á causa de la dificultad que había en alquilar una casa de construcción y situación tan extrañas. El destino de este barrio se explica por la existencia de una gran cantidad de casas semejantes á ésta, que no sirven para el comercio, y que sólo pueden ser explotadas por industrias condenadas, precarias ó indignas.

A las tres de la tarde, la portera, que había visto volver desmayada á la señorita Ester en brazos de un joven, á las dos de la mañana, acababa de celebrar consejo con la inquilina del piso superior, la cual, antes de tomar el coche para acudir á alguna juerga, le había manifestado su inquietud acerca de Ester, á quien no había oído moverse. Ester dormía aún sin duda, pero su sueño resultaba ya sospechoso. Como estaba sola en la portería, la portera sentía no poder ir á informarse de lo que ocurría en el cuarto piso, donde vivía la señorita Ester. En el momento



en que se decidía á confiar al hijo del hojalatero la custodia de la portería, especie de perrera practicada en el muro del entresuelo, se detuvo un coche á la puerta. Un hombre envuelto en una capa, con intención evidente de ocultar su traje y su condición, se apeó del coche y preguntó por la señorita Ester. Entonces la portera se tranquilizó por completo, pues el silencio y la tranquilidad de la reclusa le parecieron estar perfectamente explicados. Cuando el visitante subía los peldaños superiores de la portería, la portera se fijó en las hebillas de plata que adornaban sus zapatos y creyó ver los bajos de una sotana; así es que bajó á interrogar al cochero, el cual se dió á entender sin hablar. El sacerdote llamó, y como no obtuviese respuesta, forzó la puerta dándole un empujón, con un vigor que procedía, sin duda, de sus sentimientos caritativos, pero que en cualquiera otro habría parecido habitual. El cura entró precipitadamente en la segunda pieza y vió á la pobre Ester arrodillada ante una Virgen de yeso, ó mejor dicho, caída y próxima ya á expirar, con las manos cruzadas.

Un brasero de carbón consumido dejaba adivinar la historia de aquella terrible mañana. El dominó de capuchón yacía en tierra; la cama estaba sin deshacer. La pobre criatura, herida de muerte en el corazón, lo había preparado, sin duda, todo para morir al volver de la Ópera. Un cabito de bujía, completamente extinguido, daba á entender cuán absorbida había estado Ester por sus reflexiones. Un pañuelo empapado en lágrimas probaba la sincera desesperación de aquella Magdalena, cuya postura clásica era la de la cortesana irreligiosa. Aquel arrepentimiento absoluto hizo sonreír al sacerdote. Inhábil para morir, Ester había dejado la puerta abierta sin calcular que el aire de las dos piezas exigía mayor cantidad de carbón para ser irrespirable; el vapor no había hecho más que aturdir la, y el aire fresco que entraba de la escalera la hizo volver poco á poco á la realidad de sus males. El sacerdote permaneció de pie sumido en sombría meditación, sin sentirse conmovido ante la divina belleza de aquella joven, cuyos primeros movimientos examinaba cual si se hubiese tratado de un animal. Sus ojos vagaban de aquel cuerpo inanimado á los objetos que llenaban la estancia, con aparente indiferencia. El sacerdote contempló el mobiliario de aquel cuarto, cuyo pavimento de ladrillos rojos y húmedos estaba mal oculto por

una alfombra raída. Una camita de madera pintada se veía cubierta con cortinas de percal amarillo con flores encarnadas; un solo sofá y dos sillas de madera pintada también y cubiertas con percal de la misma clase; un papel de fondo gris mosqueado con flores, pero ennegrecido por el tiempo; una mesa de caoba para labores; la chimenea llena de útiles de cocina de la peor clase, de algunos objetos de vidrio mezclados con juguetes, tijeras, una pelota; guantes blancos y perfumados; un sombrero muy lindo; un chal de Ternaux que cubría la ventana; una elegante bata que pendía de un clavo; un canapé sin cojines; innobles zuecos rotos y zapatitos muy lindos; platos de porcelana decantados, donde se veían los restos de la última comida, unidos á unos cubiertos de estaño; un cesto lleno de patatas y de ropa sucia; un mal armario de luna que estaba vacío y que sólo contenía algunos resguardos del Monte de Piedad; tal era el conjunto de cosas alegres y lúgubres, miserables y ricas que impresionaban los ojos. Aquellos restos de lujo en aquel antro, aquel hogar tan apropiado á la vida bohemia de aquella joven desmayada sobre sus ropas como un caballo sobre sus arneses, aquel espectáculo extraño ¿le hacía pensar al sacerdote? ¿Se diría éste al menos que aquella extraña criatura extraviada debía de ser desinteresada para no aparejar su pobreza con el amor de un joven rico? ¿Atribuí el desorden del mobiliario al desorden de la vida? ¿Sentía lástima y espanto? ¿Estaba su caridad excitada? El que lo hubiese visto con los brazos cruzados, la frente ceñuda, los labios contraídos, la mirada severa, le habría creído preocupado por sentimientos sombríos y odiosos, por reflexiones que se contrariaban, por proyectos siniestros. Ciertamente que se mostraba insensible á las lindas redondeces de un seno aplastado casi por el peso de un busto y á las formas delicadas de la Venus encogida que se veía bajo el fondo de la falda; tan apelotonada estaba la pobre moribunda: el abandono de su cabeza, que, vista por detrás, dejaba percibir la nuca blanca y los hermosos hombros de una naturaleza de exuberante desarrollo, no le conmovían. El cura no levantaba á Ester y parecía no oír las desgarradoras aspiraciones con que denotaba su vuelta á la vida: fué preciso un sollozo horrible y la mirada espantosa que le dirigió aquella joven, para que el eclesiástico se dignase levantarla



y llevarla á la cama con una facilidad que denotaba una fuerza hercúlea.

—¡Luciano!—murmuró la joven.

—El amor vuelve y la mujer no está lejos—dijo el sacerdote con una especie de amargura.

La víctima de las depravaciones parisienses vió entonces el traje de su libertador, y dijo, con la sonrisa del niño que echa la mano al fin á una cosa deseada:

—¿No moriré, pues, sin haberme reconciliado con el cielo?

—Podría usted expiar sus faltas—dijo el sacerdote mo-  
jándole la frente con agua y haciéndole respirar una botella de vinagre que había en un rincón.

—Ahora siento que la vida, en lugar de abandonarme, vuelve á mí—dijo Ester después de haber recibido los cuidados del sacerdote, á quien demostró gratitud mediante gestos llenos de naturalidad.

Esta atractiva escena justificaba perfectamente el apodo de aquella extraña joven.

—¿Se siente usted mejor?—le preguntó el eclesiástico dándole á beber un vaso de agua con azúcar.

Aquel hombre parecía estar al corriente de estas extrañas precauciones; lo conocía todo y parecía estar allí como en su casa. Este privilegio de estar en todas partes como en su casa sólo pertenece á los reyes, á las doncellas y á los ladrones.

—Cuando esté usted completamente bien, ya me dirá las razones que la han movido á cometer el último crimen, este suicidio consumado—dijo, después de una pausa, aquel extraño sacerdote.

—Mi historia es muy sencilla—respondió la joven.—Hace tres meses vivía en medio del desorden en el que he nacido. Era la última de las criaturas, la más infame, y ahora soy únicamente la más desgraciada de todas. Permítidme que no os diga nada de mi pobre madre, que murió asesinateda.

—Sí, por un capitán, en una casa sospechosa—dijo el sacerdote interrumpiendo á su penitente.—Conozco vuestro origen, y sé que si alguna mujer merece excusa por la vida vergonzosa que hace, es usted, que no vió nunca buenos ejemplos.

—¡Ay de mí! no he sido bautizada y no he recibido las enseñanzas de ninguna religión.

—Todo puede aun repararse con tal que vuestra fe y vuestro arrepentimiento sean sinceros y desinteresados—dijo el sacerdote.

—¡Luciano y Dios llenan mi corazón!—exclamó la joven con conmovedora ingenuidad.

—Bien podía usted decir Dios y Luciano—advirtió el sacerdote sonriendo.—Me recuerda usted el objeto de mi visita. No omita nada de lo que concierne á ese joven.

—¿Viene usted por él?—preguntó Ester con una expresión amorosa que hubiera conmovido á cualquiera otro sacerdote.—¡Oh! jél ha sospechado mi intención!

—No—respondió el eclesiástico,—no es de su muerte, sino de su vida, de lo que se preocupan. Vamos, explíqueme sus relaciones.

—En dos palabras—constestó la joven.

La pobre temblaba al oír el tono severo del sacerdote, aunque lo hacía como mujer á quien no sorprende ya la brutalidad humana.

—Luciano es Luciano, el joven más guapo del mundo y el mejor de los seres vivientes; pero si usted lo conoce, estoy segura que juzgará natural mi amor. Lo encontré por casualidad hace tres meses en la Puerta de San Martín, adonde fui un día de salida, porque nosotras teníamos un día de salida á la semana en casa de madama Meynardie, donde yo estaba entonces. Al día siguiente, ya comprenderéis que yo saliese sin tener permiso. El amor había penetrado en mi corazón y me había cambiado de tal modo, que al volver del teatro ni yo misma me conocía; me causaba horror á mí misma. Luciano no ha podido saber nunca nada. En lugar de decirle dónde estaba, le dí las señas de esta casa, donde vivía entonces una amiga mía que tuvo la amabilidad de cedérmela. Le doy á usted mi palabra sagrada...

—Es preciso que no jure usted.

—¿Es jurar el dar palabra sagrada? Bueno, desde aquel día trabajé como una condenada en este cuarto, haciendo camisas, á fin de vivir honradamente. Durante un mes, no comí más que patatas, para ser juiciosa y digna de Luciano, que me ama y me respeta como á la más virtuosa de las virtuosas. He prestado en forma mi declaración á la policía, para recobrar mis derechos, y estoy sometida á dos años de vigilancia. Esos, que tan fácilmente la inscriben á una en los



registros de la infamia, oponen excesivas dificultades para borrarlos. Lo único que yo pedía al cielo era que protegiere mi resolución. En el mes de abril cumpliré diez y nueve años, y á esta edad hay siempre esperanza. A mí me parece que he nacido hace tres meses. Yo le rogaba á Dios todas las mañanas y le pedía que hiciese de modo que Luciano no conociese nunca mi vida anterior. He comprado esa Virgen que ve usted ahí, y como no sé rezar le rezaba á mi modo: no sé leer ni escribir, no he entrado nunca en una iglesia y nunca he visto á Dios más que en las procesiones, por curiosidad.

—¿Y qué le dice usted entonces á la Virgen?

—Le hablo como á Luciano, con entusiasmo de alma que le hace llorar.

—¡Ah! ¡llora él?

—De alegría—se apresuró á decir Ester.—¡Pobrecillo! nos entendemos tan bien que parece que tenemos una sola alma. ¡Es tan amable, tan cariñoso, tan generoso, tan listo, tan distinguido! El dice que es poeta, y yo le digo que es Dios. ¡Dispéñeme! pero ustedes los sacerdotes no saben lo que es el amor. Por lo demás, nosotras somos las únicas que conocemos bastante á fondo los hombres para apreciar á un Luciano. Mire usted, un Luciano es tan raro como una mujer sin pecado, y cuando le halla una ya no puede amar á nadie más que á él. Pero para un ser semejante es preciso buscar pareja. Yo deseaba ser digna del amor de Luciano, y de aquí provino mi desgracia. Ayer, en la Ópera fui reconocida por unos jóvenes que no tienen corazón. El velo de la inocencia que me cubría cayó y las risas de aquellos malvados hirieron mi corazón y mi cabeza. No crea usted que me ha salvado, porque yo me moriré de pena.

—¿El velo de la inocencia?—dijo el sacerdote—¿es que ha tratado usted á Luciano con el mayor rigor?

—¡Oh! ¡padre mío! ¿cómo me hace usted esa pregunta conociéndole á él?—respondió Ester sonriendo con soberbia.—A un Dios no es posible resistirse.

—No blasfeme usted—le dijo el eclesiástico con dulce tono.—Nadie puede semejar á Dios. La exageración no sienta bien al amor verdadero; usted no sentía por su ídolo un amor puro y verdadero. Si hubiese sentido el cambio que dice haber sufrido, hubiese adquirido las virtudes que pertenecen á la adolescencia, habría conocido las delicias

de la castidad y las delicadezas del pudor, estas glorias de la doncella pura. Usted no ama.

Ester hizo un gesto de espanto que no bastó á destruir la impassibilidad de aquel confesor.

—Sí, usted le ama por usted y no por él, por los placeres temporales que la encantan y no por el amor en sí mismo; si se ha apoderado usted de él de ese modo, es que no tenía ese temblor sagrado que inspira el ser á quien Dios ha dotado con los más adorables perfecciones. ¿Pensó usted en que le degradaba con su impureza pasada y en que iba á corromper á un niño con esas espantables delicias á que debe usted su glorioso apodo de infamia? ¿Usted ha sido inconsecuente consigo misma y con su pasión de un día!

—¡De un día!—repitió la joven levantando la vista.

—¿Qué nombre darle á un amor que no es eterno y que no nos une con aquel á quien amamos?

—¡Ah! ¡yo quiero ser católica!—exclamó Ester con voz sorda y con tanto entusiasmo que nuestro Salvador la habría perdonado.

—¿Podía ser mujer de Luciano de Rubempré una joven que no ha recibido el bautismo de la Iglesia ni de la ciencia, que no sabe leer, escribir, ni rezar, que no puede dar un paso sin que las piedras se levanten á acusarla, que es notable únicamente por el fugitivo privilegio de una belleza que desaparecerá mañana con una enfermedad, la joven envilecida y degradada, presa futura del suicidio y del infierno?

Cada frase era una puñalada que penetraba en su corazón. A cada frase, los sollozos y las lágrimas de la joven desesperada demostraban la fuerza con que entraba la luz en su inteligencia pura como la de un salvaje, en una alma que despertaba al fin, en una naturaleza que había sido cubierta por una capa de hielo fangoso, que acababa por fundirse al calor de la fe.

—¿Por qué no habré muerto!

Esta era la única idea que expresaba en medio de los torrentes de ideas que acudían á su cerebro y la estragaban.

—Hija mía—dijo el juez terrible,—existe un amor que no se declara ante los hombres y cuya declaración es escuchada por los ángeles con sonrisas de felicidad.

—¿Cuál?

—El amor sin esperanza cuando inspira la vida, cuando es el principio de los sacrificios, cuando ennoblece todos los



actos con la idea de llegar á una perfección ideal. Si, los ángeles aprueban ese amor, que conduce al conocimiento de Dios. Perfeccionarse sin cesar para hacerse digno de aquel á quien se ama, hacer por él mil sacrificios secretos, adorarlo de lejos, dar por él la sangre gota á gota, inmolarse el amor propio, no tener orgullo ni ira con él, ocultarle hasta el conocimiento de los celos atroces que hace nacer en el corazón, darle todo lo que desea, amar lo que él ama, tener siempre el rostro vuelto hacia él para seguirlo sin que lo sepa; este amor se lo hubiese perdonado á usted la religión, porque no quebrantaba las leyes humanas, ni las divinas, y conduce á otra senda muy distinta de la de sus asquerosas voluptuosidades.

Al oír esta horrible sentencia expresada con una palabra (¡y qué palabra y qué acento!), Ester empezó á sentir una desconfianza natural. Aquella palabra fué como el trueno que anuncia la tormenta próxima á estallar. La joven miró al sacerdote y sintió el estremecimiento que sienten los más valerosos en presencia de un peligro inminente y repentino. Ninguna vista habría podido leer lo que ocurría entonces en aquel hombre; pero, para los más atrevidos, habría habido más de temer que de esperar al ver sus ojos, claros y amarillos como los de un tigre, sobre los cuales la austeridad y las privaciones habían echado un velo semejante al que cubre el horizonte durante la canícula: la tierra está caldeada y llena de luz, pero la bruma la pone vaporosa, casi invisible. Una gravedad española y unas arrugas profundas, unidas á las marcas horribles de la viruela, se dibujaban en su cara aceitunada y de tostado color. La dureza de aquella fisonomía resaltaba tanto más cuanto que contribuía á aumentarla la peluca del sacerdote que no se preocupa de su persona, una peluca pelada y de color rojizo. Su busto de atleta, sus manos de soldado viejo, su corpulencia, sus anchas espaldas parecían las de esas cariátides que empleaban los arquitectos de la edad media en algunos palacios italianos. Las personas menos observadoras habrían creído que las pasiones más ardientes ó los accidentes menos comunes habían lanzado á aquel hombre al seno de la Iglesia. Las mujeres que han hecho la vida que Ester odiaba tanto entonces, llegan á sentir una indiferencia absoluta respecto á las formas exteriores del hombre. Se parecen al crítico literario del día, el cual puede serles comparado en cierto modo,

porque llega á sentir una indiferencia absoluta respecto á las fórmulas del arte: ha leído tantas obras, ha visto pasar tantas, está tan acostumbrado á las páginas escritas, ha sufrido tantos desenlaces, ha visto tantos dramas y ha hecho tantos artículos sin decir lo que pensaba y torciendo á veces las leyes del arte en favor de sus amigos ó de sus enemigos, que llega á no tener ya gusto, y sin embargo, continúa juzgando. Es preciso que se opere un milagro para que el crítico produzca una obra, del mismo modo que el amor puro y noble exige también otro milagro para brotar en el corazón de una cortesana. El tono y las maneras de aquel sacerdote, que parecía salido de una tela de Zurbarán, le parecieron tan hostiles á la pobre Ester, que llegó á creer que era objeto de algun plan de venganza, más bien que de un acto de solicitud. Sin poder distinguir entre el lenguaje del interés personal y la unción de la caridad, pues es preciso estar sobre aviso para conocer la moneda falsa que nos da un amigo, se sintió como entre las garras de algún pajarero monstruoso y feroz que caía sobre ella después de haberse cernido largo rato sobre su cabeza.

—Yo creía que los sacerdotes tenían la misión de consolarnos... y usted me está asesinando—dijo Ester con voz alarmada.

Al oír este grito de la inocencia, el eclesiástico hizo un gesto y una pausa y reflexionó antes de responder. Durante aquel instante, aquellas dos personas se miraron á hurtadillas. El sacerdote comprendió á la joven sin que la joven pudiese comprender al sacerdote. Este renunció sin duda á algún designio que amenazaba á la pobre Ester, y volviendo á sus primeras ideas, le dijo con dulce voz:

—Nosotros somos médicos de almas y sabemos las medicinas que hay que emplear.

—Yo creo que es preciso perdonar muchas cosas de la miseria—dijo Ester.

La pobre creyó haberse engañado; se bajó de la cama, se posternó á los pies de aquel hombre, besóle la sotana con gran humildad y fijó en él los ojos bañados en lágrimas, diciéndole:

—¡Yo creía haber hecho mucho!

—Escuche, hija mía, su fatal reputación ha sumido en honda pena á la familia de Luciano, la cual teme que usted lo lleve á una vida de disipación y de locuras.



—Es cierto... yo fui la que le llevé al baile para interesarle.

—Usted es bastante hermosa para que él quiera triunfar á los ojos del mundo, mostrándola con orgullo cual si fuese usted un caballo de lujo. ¡Si no gastase en esto más que el dinero!... pero gastará el tiempo y las fuerzas y perderá la afición á labrar el porvenir que se le prepara. En lugar de ser algún día embajador, rico, admirado, glorioso, será, como tantos otros jóvenes que han sepultado su talento en el fango de París, el amante de una mujer impura. En cuanto á usted, acabaría por volver á su antigua vida, después de haber vivido algún tiempo en una esfera elegante; porque usted no lleva en sí esa fuerza que da la buena educación para resistir al vicio y pensar en el porvenir. Usted no rompería con sus compañeras, como no ha roto con la gente que la avergonzó en la Ópera esta madrugada. Los verdaderos amigos de Luciano, alarmados al ver el amor que usted le inspira, han seguido sus pasos y lo han sabido todo, y llenos de espanto, me han enviado para que sondee sus disposiciones y decida su suerte; pero si son bastante poderosos para desbarazar su camino de tropiezos, son misericordiosos. Sépalo usted, hija mía: una persona amada de Luciano tiene derechos á su respeto, como el verdadero cristiano adora el fango en que, por casualidad, irradia la luz divina. He venido para ser el brazo del pensamiento bienhechor; pero si yo la hubiese hallado á usted sumida por completo en la perversidad, en la desvergüenza, en el vicio, corrompida hasta la médula, sorda á la voz del arrepentimiento, la hubiese abandonado á usted á su cólera. Esa liberación civil y política, tan difícil de obtener, que la policía retrasa tanto en interés de la sociedad, y que tan ardientemente desea usted en medio de su arrepentimiento, aquí está—dijo el sacerdote sacándose del bolsillo un papel.—La vieron á usted ayer y esta orden tiene fecha de hoy: ya ve cuán poderosos son los que se interesan por Luciano.

Al ver aquel papel, los temblores convulsos que causa una dicha inesperada agitaron tan ingenuamente á Ester, que tuvo en los labios una sonrisa fija parecida á la de los idiotas. El sacerdote se detuvo y miró á aquella joven para ver si, privada de la horrible fuerza que sacan de su propia corrupción las gentes corrompidas y vuelta á su frágil y delicada naturaleza primitiva, resistiría tantas impresiones.

Cortesana engañadora, Ester hubiese representado una comedia; pero inocente y sincera, podía morir, como el ciego operado puede perder de nuevo la vista al verse impresionado por una luz demasiado viva. Aquel hombre vió en aquel momento la naturaleza humana al descubierto, pero guardó una calma horrible por su fijeza misma: era un monte frío, blanco y próximo al cielo, inalterable y peligroso, con flancos de granito, y, sin embargo, bienhechor. Las muchachas son seres esencialmente volubles que pasan sin razón ninguna de la desconfianza más grande á la confianza más absoluta. Desde este punto de vista, son inferiores al animal. Extremadas en todo, en sus goces, en sus desesperaciones, en su religión, en su irreligión, se volverían locas casi todas si la mortalidad no las diezmasa y si la casualidad no sacase del fango á muchas de las que viven en él. Para conocer á fondo las miserias de esta horrible vida, sería preciso haber visto hasta dónde puede llegar la criatura en la locura sin permanecer en ella, admirando el violento éxtasis de la Torpedo á los pies de aquel sacerdote. La pobre joven contemplaba aquel papel libertador con una expresión que fué olvidada por Dante y que excedía á todas las invenciones de su Infierno. Mas con las lágrimas vino la reacción, Ester se levantó, echó los brazos en torno del cuello de aquel hombre, inclinó la cabeza sobre su seno, lloró, besó el basto paño que cubría aquel corazón de acero, y pareció penetrar en él. Se abrazó á aquel hombre, le cubrió las manos de besos, le prodigó las caricias, los nombres más dulces, y le dijo una y mil veces: ¡*Démelo!* con entonaciones tan diferentes que acabó por amortiguar sus iras. El sacerdote conoció entonces la causa de que aquella joven mereciese el apodo que tenía; comprendió cuán difícil era resistir á aquella criatura encantadora, y adivinó de pronto el amor de Luciano y la causa de la seducción del poeta. Una pasión semejante oculta, entre mil atractivos, un cebo con anzuelo que se engancha, sobre todo, en el alma elevada de los artistas. Esas pasiones, inexplicables para la multitud, están perfectamente explicadas por esa sed del ideal hermoso que distingue á los seres creadores. ¿No es esto semejarse un poco á los ángeles encargados de mejorar los sentimientos de los culpables? ¿no es crear el purificar á un ser semejante? ¿Qué cebo el poner de acuerdo la belleza moral con la belleza física! ¿Qué goce para el orgullo si se logra!



¡Qué hermosa labor la que no tiene más instrumento que el amor! Esas alianzas, ilustradas con el ejemplo de Aristóteles, de Sócrates, de Platón, de Alcibiades, de Cétego, de Popea, y que son tan monstruosas á los ojos del vulgo, están fundadas en el sentimiento que llevó á Luis XIV á construir Versalles, y que empuja á los hombres á todas las empresas ruinosas: convertir los miasmas de un pantano en un montón de perfumes rodeado de agua viva, poner un lago en una colina, como hizo el príncipe de Conti en Nointel, ó las vistas de Suiza en Cassán, como el cortijero general Bergeret. En fin, es el Arte que invade la Moral.

El sacerdote, avergonzado de haber cedido á aquellos halagos, rechazó á Ester, la cual se sentó avergonzada al oír que le decía:

—Sigue usted siendo una cortesana.

Y se puso fríamente la carta en la cintura.

Como el niño que sólo tiene un deseo fijo, Ester no cesó de mirar al lugar de la cintura en que el sacerdote había puesto el papel.

—Hija mía—dijo el sacerdote después de un momento,—su madre era judía, y usted no fué bautizada, pero tampoco fué llevada á la sinagoga: está usted, pues, en el limbo religioso en que se hallan los niños.

—¡Los niños!—repitió la joven con ternura.

—... Como está también en el registro de la policía, donde es una cifra separada de los demás seres sociales—siguió diciendo el sacerdote impasible.—Si el amor, visto por un agujero, le ha hecho creer que había nacido hace tres meses, debe usted comprender que desde ese día se halla usted en una verdadera infancia. Es preciso, pues, guiarla como si fuese una niña; debe usted cambiar por completo, y yo me encargo de ponerla desconocida. En primer lugar olvidará usted á Luciano.

La pobre joven sintió que se le partía el corazón al oír estas palabras; fijó los ojos en el sacerdote é hizo un signo negativo. Al ver de nuevo al verdugo en el salvador no se atrevió á hablar.

—Pero al menos renunciará usted á verle. Yo la llevaré á una casa religiosa donde reciben educación las jóvenes de las mejores familias. Allí se hará usted católica, allí se instruirá en la práctica del culto católico y aprenderá la reli-

gión. Podrá usted salir de allí siendo una joven casta, pura, bien educada, si...

Aquel hombre levantó un dedo é hizo una pausa.

—Si se siente con fuerzas para dejar aquí á la Torpedo.

—¡Ah!—exclamó la pobre niña para quien estas palabras habían sido la música á cuyo sonido se habían abierto lentamente las puertas del cielo.—¡Ah! si fuese posible derramar aquí toda la sangre y tomar otra nueva...

—Escúcheme.

La joven guardó silencio.

—Su porvenir depende del poder de su olvido. Piense usted en la extensión de sus obligaciones: una palabra, un gesto que descubriese á la Torpedo mata á la mujer de Luciano; una palabra dicha en sueños, un pensamiento involuntario, una mirada inmodesta, un movimiento de impaciencia, un recuerdo, una omisión, un signo que revelasen lo que usted sabe ó lo que ha sabido por desgracia suya.

—¡Ayl ¡ay! ¡padre mío!—dijo la joven con una exaltación de santa—caminar con botas de fuego y sonreír, llevar un corsé de alfileres y conservar la gracia y buen humor de una bailarina, comer pan salpicado con ceniza, beber ajeno, todo me será grato y fácil.

Ester volvió á caer de rodillas para besar los zapatos del sacerdote, se deshizo en llanto, le abrazó las piernas y se mantuvo abrazada mientras pronunciaba palabras incoherentes en medio del llanto que le hacía derramar la alegría. Sus hermosos cabellos rubios cayeron sobre los hombros y formaron una especie de alfombra á los pies de aquel mensajero celeste, el cual se mantenía sereno y duro cuando ella lo miró y se puso en pie.

—¿En qué le he ofendido?—dijo la joven asustada.—Yo he oído hablar de una mujer como yo que lavó con perfumes los pies de Jesucristo. ¡Ay de mí! la virtud me ha hecho tan pobre que sólo puedo ofrecerle lágrimas.

—¿No me ha oído usted?—le respondió el sacerdote con voz cruel.—Le digo que es preciso que pueda salir de la casa á que voy á llevarla tan cambiada en lo físico y en lo moral que nadie de los que la han conocido pueda llegar á decir: «¡Ester!» y la obligue á usted á volver la cabeza. Ayer, el amor no le dió á usted fuerza para enterrar á la hija del placer de modo que reapareciese nunca.